

ALGUNAS NOTAS SOBRE "HISTORIAS DE UN PUEBLO SIN HISTORIA"

Historias de un pueblo sin historia, novela de Paula Contreras, nos refiere la infancia de un pueblo, la aldea cordobesa de Los Zapateros (llamada después Moriles), que percibimos como un ser vivo, palpitante de vida, donde las chimeneas "respiran" y las casas son seres "implorantes y humildes", según una personificación que se halla repetidamente en la obra. Nuestra escritora nos va describiendo, con inusitada destreza, el cambio por el que atraviesa la aldea, un cambio que se cobra indecibles sufrimientos y sabores. Asistimos a su vigoroso crecimiento página tras página. De un erial infecundo pasamos a contemplar nuevos viñedos, feraces y ubérrimos; las chozas primigenias van adquiriendo el rango de casas. Del desencanto tras la falsa ilusión de una posible existencia de minas de hierro, pasamos a regocijarnos con la incipiente prosperidad derivada del cultivo de la uva que hace buen vino. Asistimos, en fin, al día histórico del bautizo de la aldea -ya Moriles- celebrado con júbilo por sus habitantes.

Sin embargo, la autora no se conforma con pergeñar una semblanza -a todas luces inspirada- de su pueblo natal. Los caracteres de la obra (María, José Manuel, Tole, Crucita, Morachita, don Diego...) son el resultado de un habilidoso análisis de los sentimientos humanos. La introspección psicológica es uno de los purtiales que otorgan a la narración un intenso lirismo, una exquisita poesía que alienta cada frase, cada palabra. Sentimos la emoción del paso de los días, la respiración cálida de la tierra, el sosiego espiritual que motiva la contemplación de la naturaleza que es trasunto de los sentimientos de los protagonistas, una naturaleza que es sensualidad constante.

Son deliciosas las descripciones de lagares, cerros, cañadas, ríos, árboles. Es el sentido olfativo el que predomina (junto con el visual) en la novela. El aroma de las flores, de las galas nupciales... Los retratos de los personajes son magistrales, elaborados con sumo cariño. La autora adopta en ocasiones el punto de vista de alguno de los protagonistas para describir las características

físicas de otro y proporciona así un mayor acento de sensualidad, que impregna de vigor a la descripción.

En la obra se recrean el hambre, la pobreza -sobrellevada siempre con resignación-, la generosidad humana, la compasión, la sencillez, la llegada del amor -doloroso a la par que alegre-, el desamor, la felicidad del que se contenta con poco, la paz, la maternidad que torna soñadora a María, lo cotidiano que es a veces un canturreo gozoso durante el trabajo, la crudeza de la muerte que siembra el cólera en la aldea, la

tragedia de los muertos que quedan sin sepultura, la infidelidad que hace volubles a los hombres, el destino que hace que las cosas sucedan porque han de suceder así.

La autora engarza oportunas disgresiones que patentizan su opinión sobre algún rasgo o acontecimiento durante el hilo narrativo; inserta cancioncillas populares que dan colorido vital e intercala elementos de inestimable sabor costumbrista (la escena del lagar, el oficio de canastero el tío Eusebio...), e introduce lo sobrenatural en el emocionantísimo episodio del habar milagroso.

Se trata, en fin, de una novela de grata lectura, que enriquece a todo aquél que decide sumergirse en sus páginas. Una obra portadora de un mensaje que pretende conciliar al hombre con su entorno, que exalta los valores y las virtudes del

ser humano, la espiritualidad que trasciende la mera existencia física, la divinidad que se transparenta en toda la naturaleza.

Poco debe importarnos -a la hora de juzgar esta obra -que se base en hechos y personas reales, lo verdaderamente crucial es que estamos ante una novela que participa de los elementos que configuran toda buena literatura.

Fermín Gámez Hernández.

